

de oficiales que expiaron la violación de su palabra, sino de firmes defensores de la independencia inmolados por el enemigo extranjero. El aspecto de unos y otro le llenó de dolor y le inflamó en ira al mismo tiempo. ¿No eran dignos de envidia los que con las armas en la mano se habían lanzado á montes y caminos, abandonando la quietud y seguridad del hogar, y luchando con la miseria y la muerte? ¿No había humillación y oprobio en oír el acento extraño en que recibíamos órdenes, y en presenciar espectáculos como el del patíbulo allí levantado? De él fueron piadosamente recogidos los cuerpos, puestos en ataúdes, y llevados á la iglesia parroquial, donde se les colocó entre gruesos cirios sobre una mesa cubierta de paño negro, mientras las navas resonaban con los rezos y el llanto de las mujeres. Mi padre solicitó la honra de recibir y tener en casa los cadáveres hasta la hora del entierro; pero el cura Campomanes dijo que la casa de Dios era primero que la de todos y cualquiera de los vecinos. Cerráronse las tiendas y habitaciones, y se vistió de luto la gente. En la tarde, á las notas de una música á la sordina, y abriendo la marcha, bajo cruz y ciriales, los sacerdotes con ornamentos negros, fueron los ataúdes llevados en hombros de personas decantes, seguidas de casi la totalidad del vecindario, desde la iglesia hasta el cementerio, pasando por las calles 1a. y 2a. Principal, en la última de las cuales vivía Patterson. Este jefe y su estado mayor salieron á los balcones, y se des-

cubrieron silenciosa y gravemente al paso de los cadáveres y de la numerosísima y enlutada comitiva que constituía una protesta muda, pero indudable, de simpatía y cariño á los fusilados y de adhesión á la propia nacionalidad. En el cementerio, acabadas las plegarias, y en el momento de la inhumación, alguno de los presentes dió un viva á México, que fué calurosamente repetido por la concurrencia toda antes de disolverse. Ni ésta ni las demás demostraciones patrióticas de aquel día parecieron, imitar ni causar extrañeza alguna á los invasores.

XXI

OCCUPACION DE PUEBLA.

Base de nuestro nuevo ejército.—Movimiento de Santa-Anna con las tropas reunidas en Orizaba y San Andrés.—Escaramuza en Amozoc.—Entrada de la división Worth en Puebla.—Reflexiones.

En alguno de mis últimos capítulos dejé al general Santa-Anna en Orizaba, á donde llegó sin tropas después de la derrota de Cerro Gordo.

Hallábase en dicha ciudad la brigada que Oaxaca desajuchó al mando del general D. Antonio León en auxilio del invadido Estado de Veracruz, y que constaba de unos 1,000 hombres con 2 piezas de artillería. Con los dis-

persos que iban afluyendo allí, se formaron otros dos batallones de infantería de á 500 hombres, y una y otra fuerza constituyeron la base del nuevo ejército de operaciones, á que perteneció desde luego la caballería retirada de Cerro Gordo con Canalizo y que, puesta por el gobierno á disposición de Santa-Anna, fué mandada situar por éste en San Andrés Chalchicomula, á las órdenes del general Alcorta.

Con el empeño y actividad que le eran geniales, se dedicó Santa-Anna á la organización é instrucción de las tropas en Orizaba. Ya en 10. de Mayo había dirigido varias comunicaciones al gobierno pidiéndole vestuario, armamento y recursos pecuniarios "para cubrir—decía—las necesidades de este ejército que con mil trabajos y afanes se está reorganizando en esta ciudad y otros pueblos inmediatos, y asciende ya á 4,000 hombres." De 30,000 pesos que se le habían situado en Puebla, sólo recibió en Orizaba 21,000, por haberse destinado el resto á la caballería despachada á San Andrés Chalchicomula. Con fecha 3 de Mayo le avisó el ministerio de la Guerra haber dado orden de que se le reunieran una batería procedente de San Luis Potosí y otras dos piezas de á 4 con la correspondiente dotación de hombres y municiones, y de que se le remitiera todo el armamento disponible en los almacenes del parque general; agregando que en el resto de la semana le trían fondos, municiones y vestuario. El convoy con la artillería y demás efectos salió de México el 9 del citado Mayo (1847) al mando

del general D. Joaquín Rangel. Se dió orden igualmente al comandante general de Puebla, D. Nicolás Bravo, de remitir á Orizaba todo el parque perteneciente al ejército de Oriente y que existiera en aquel Estado. Si Santa-Anna, al hablar de las tropas que había ya reunido en Orizaba y pueblos inmediatos, no incluyó la caballería situada en San Andrés exageraba el número de aquellas, que sólo ascendía, según después dijo en su "Informe," á 1,800 hombres. (189) En cuanto á recursos el autor del "Tributo á la Verdad" dijo en aquellos días, hablando de Santa-Anna: "Sumando todas las cantidades que le mandaron, las que recibió en Orizaba y Puebla, y el producto del maíz que vendió del obispado, en quince días había recibido para los pocos soldados que tenía, 102,000 pesos."

La posición de las fuerzas de Santa-Anna en Orizaba y San Andrés, era, indudablemente, buena para flanquear al enemigo en su avance á Puebla; pero no creo, como otros, que haya influido en la detención de los invasores en Perote y Tepeyahualco: detención de unos

(189) "Mis fuerzas constaban de la brigada del señor general D. Antonio León de 900 hombres pertenecientes á la guardia nacional de Oaxaca, de otro tanto número de los dispersos de Cerro Gordo, y de la caballería que se retiró de este punto y logré reunir y conservar en San Andrés Chalchicomula." etc. "Informe sobre las acusaciones de Gamboa, pág. 44."

cuantos días, y que se explica simplemente por la necesidad de reunir mulas y víveres; y de concentrar las tropas antes de hacer que se adelantara la vanguardia.

Fuese con el objeto de impedir en lo posible la pérdida de Puebla organizando su defensa, como él aseguraba, ó bien como dijeron sus enemigos, por aproximarse á México y desbaratar las intrigas que para despojarle de la presidencia de la República y del mando del ejército se fraguaban aquí desde los días siguientes á la derrota de Cerro Gordo, Santa-Anna dió en Orizaba la orden de marchar hácia Puebla, y como por el 7 de Mayo salió de allí la brigada de Oaxaca al mando del general León, siguiéndola á otro día la que se formó de los dispersos y que mandaba el general Pérez, y partiendo de San Andrés Chalchicomula la caballería del general Alcoria. La infantería se dirigió por las cumbres de Aculcingo, Cañada de Ixtapan y Amozoc; y la caballería, luego que llegó al Palmar, siguió el mismo camino, cubriendo la retaguardia de la infantería. En los "Apuntes para la Historia de la Guerra" se dice que el movimiento comenzó el 12; pero ya con fecha 9 Santa-Anna daba aviso de él desde San Agustín del Palmar, al gobierno. En comunicación posterior, dirigida de Amozoc el 11, dice que en el trayecto de Aracingo á aquel punto, supo el 10, por sus espías, que el enemigo se movió de Tepeyahualco sobre Virreyes, donde pernoctó, intentando, al parecer, llegar el 11 á Nopalucan para proseguir á Puebla; que la

fuerza invasora se componía de 4,000 hombres de línea de todas armas con 13 piezas de artillería y 80 carros de víveres y municiones; que la nuestra, en su tránsito hasta Amozoc, no había podido aumentarse porque halló á los pueblos desarmados, asegurando sus autoridades á Santa-Anna que el gobierno del Estado recogió previamente las armas. "Esta tarde—agregaba—entraré en la ciudad de Puebla y veré de lo que puedo proveerme para tantas necesidades; y, no estando todavía en disposición de comprometer un combate, me trasladaré á San Martín Texmelucan, donde pienso encontrar la artillería, dinero y efectos que el supremo gobierno me envía. En este lugar espero también recibir la cartuchería de fusil que de esa capital se me mandó y ha ido á resultar á la ciudad de Matamoros, creo que por medida precautoria del señor comandante general." Terminaba pidiendo más tropa regular, más armas y 1,000 caballos de remonta.

El ministerio de la Guerra, en respuesta de 13 de Mayo, aprobó su movimiento y sus planes, insistiendo en la conveniencia de no presentar acción al enemigo hasta que nuestras fuerzas se hallaran en estado de poder obrar con buen éxito. Anunciaba que se le enviarían á San Martín todos los auxilios posibles de hombres, armas, vestuario y caudales; le facultaba para que hiciera requisición de caballos mientras el gobierno podía reunir aquí los necesarios y asentaba lo siguiente, que explica las providencias inmediatas y el plan de

defensa del gobierno: "De Michoacán, Guajuvato y Querétaro se han mandado venir tropas de infantería y caballería, y que, si no siguen poniendo obstáculos sus respectivos gobiernos, harán entre ellas un total, por lo bajo, de 6 á 7,000 hombres con que serán reforzadas las que V. E. manda: se activarán las medidas ya adoptadas anteriormente para reemplazos del ejército y para hacer servir en la guerra la guardia nacional de los Estados; y como que al enemigo no le será fácil avanzar en sus proyectos de internación mientras su ejército no reciba nuevos refuerzos, V. E. por ese rumbo, otras secciones por otros, y las ligeras de guerrillas destinadas á la guerra de caminos y montañas, podrán contener los progresos del invasor." Son dignas de notarse, de paso, estas otras afirmaciones del ministro de la Guerra, general Gutiérrez, en demostración de lo inadecuado del sistema político vigente para la eficacia de la defensa: "Si la autorización otorgada al gobierno hubiese sido más amplia y menos tardía, y si los Estados hubieran prestado la eficaz cooperación que era de esperar, ya tendríamos hoy repuesto y reorganizado nuestro ejército en un ple capaz de salvar muy luego á la República; pero el gobierno ha tenido y tiene que luchar con toda clase de obstáculos y dificultades que enterpecen su acción: de aquí la imposibilidad de oponer á nuestros injustos enemigos la pronta, fuerte, enérgica, simultánea y general resistencia que debía haber encontrado en nosotros, etc."

Como se ha visto, Santa-Anna y sus fuerzas han debido llegar á Puebla en la tarde del 11 de Mayo. El Estado, y principalmente su capital, habían contribuido á la defensa del país con el batallón de Libres que formó parte de la guarnición de Veracruz, con los recursos pecuniarios suministrados á dicha plaza, y con la brigada Arteaga que llegó á Cerro-Gordo en los momentos de la pérdida de la batalla. Al presentarse en Puebla los dispersos de esta brigada, difundieron el desaliento y el temor en el vecindario; y las autoridades, que veían muy mermados los recursos del Estado por causa de los auxilios de gente y dinero ya impartidos, no hallando, por otra parte, en la masa de la población el espíritu necesario para resistir á los invasores, habían dispuesto abandonarles la ciudad, sin embargo de que el comandante general Bravo tenía dada una proclama invitando al pueblo á tomar las armas y defenderse. (190) No fué

(190) La salida de las autoridades de Puebla, desde muchos días antes de la llegada, de Santa-Anna, había sido resuelta. El gobernador Isunza, con fecha 30 de Abril, comunicaba al gobierno general las noticias recibidas acerca de la sección enemiga situada en Tepeyahualco, y agregaba: "No obstante lo que manifesté en mi nota de ayer, he suspendido la traslación del gobierno, que, como llevo dicho, estoy resuelto á no verificar hasta tanto que la proximidad de las fuerzas invasoras me obligue á ello."

parte á extirpar el desaliento la llegada de Santa-Anna, quien se alojó en el palacio del gobierno, ejercido á la sazón por el Lic. D. José Rafael Izunza. Este funcionario, en la junta inmediatamente celebrada, manifestó que carecía absolutamente de elementos, pues 4 piezas de artillería y cosa de 3,000 fusiles que pertenecían al Estado, se habían perdido en Cerro-Gordo; y que sin armas, sin municiones, y escasa la tesorería de recursos, no podría esperarse resultado alguno favorable. (191) Irritado Santa-Anna con tal manifestación, mandó hacer requisición de caballos: impuso un préstamo de 30,000 pesos, sin recoger sino 10,000 del comercio, y 3,000 del clero, según el "Tributo á la Verdad;" ó bien un total de 5,000 según el mismo Santa-Anna en su "Informe," en que asegura que el préstamo impuesto fué de 10,000 pesos, y dice respecto de la resolución que tenía de defender á Puebla: "Mi satisfacción habría sido completa si los que ahora me acusan de su abandono hubieran excitado al E. S. gobernador D. José Rafael Izunza y al E. S. D. Nicolás Bravo, comandante general del Estado, á que prepararan algunos medios de defensa, como pudieron y debieron hacerlo para cumplir con lo que la nación debía esperar de las primeras autoridades del segundo Estado de la República. Pero, lejos de esto, S. E. el general Bravo, al retirarse para la capital de México, había mandado

(191) "Apuntes para la Historia de la Guerra," pág. 193.

llevar á la villa de Matamoros todo el material de guerra con cuya existencia yo contaba para hacer frente al general Worth que mandaba la vanguardia del ejército enemigo y se encontraba ya en las goteras de Puebla. El señor general de brigada D. Cosme Furlong, que había sucedido al Sr. Bravo, estaba dando disposiciones para dejar la ciudad. El E. S. gobernador, que tuvo tiempo y facilidad de reunir algunos cuerpos de guardia nacional con que todavía contaba el Estado y que podían dar una fuerza de 2,000 hombres, según me había informado su antecesor cuando bajé á Cerro-Gordo, no había dispuesto de estas fuerzas, y únicamente puso á mis órdenes unos piquetes que no llegaban á 200 hombres: en vez de animar al pueblo á que concurriera á la defensa de la misma ciudad, había permitido al prefecto la publicación de un bando tal como lo habría dictado el general Scott, previniendo lo que se debía observar respecto de los enemigos. El ayuntamiento tenía nombrada una comisión que saliera á recibirlos y á pedir garantías. Yo no pude más que manifestar mi indignación por esa conducta, ordenando que el prefecto fuera suspenso inmediatamente y sometido á un juicio; y me desengañé con bastante tristeza de que no había ni el entusiasmo ni el patriotismo que esperaba: todos parecían resignados á recibir el yugo del invasor, y en vista de tal espectáculo, y no quedándome que hacer, adelanté mi infantería y los 5 cañones sin dotaciones que conducía, y poniéndome al frente de la caballería, salí al encuentro del

enemigo para entretenerlo en Amozoc." Los funcionarios así acusados por Santa-Anna, dieron en aquellos días sus descargos, y el ministerio de la Guerra, en comunicación de 13 de Mayo, había ya dicho al mismo general con motivo de sus primeras quejas: "Las causas secretas de esa especie de apatía que V. E. tan justamente observa y admira, son la consecuencia natural de nuestras anteriores discordias, de las maniobras de los enemigos interiores, y del desaliento que producen las desgracias."

Entretanto, Worth avanzaba con las fuerzas suyas de Tepeyahualco y Perote, y se había recibido en Puebla la siguiente intimación que, traducida, tomo de los periódicos de aquel tiempo: "Nopalúcan, Mayo 12 de 1847.—Al E. S. gobernador y municipalidad de Puebla.—Señores: El infrascrito avisa que, obedeciendo las órdenes de su superior el mayor general en jefe del ejército de la Unión, en la mañana del 15 del que rige, con la fuerza de su mando tomará posesión militarmente de la ciudad de Puebla. Si no hace resistencia, desea, antes de hallarse á sus inmediaciones, conferenciar con los funcionarios civiles con objeto de concertar con ellos y tomar las medidas convenientes y mejores para la seguridad de las personas é intereses, así como las propiedades de los vecinos. La santa religión que profesan, así como todas sus formas y observancias, serán respetadas, y sostenidas las autoridades civiles para el mantenimiento de la administración y de las leyes. El infrascrito tie-

ne el honor, etc.—El mayor general Worth." Los mismos periódicos dijeron haberle sido contestado que se dirigiera á Santa-Anna, y que manifestó Worth que no lo haría.

Según parte oficial del primero de estos jefes, fechado el 15 de Mayo en San Martín Texmelúcan, el enemigo pernoctó en Amozoc el 13, y el 14 debió Santa-Anna avanzar á reunirse con nuestra infantería y artillería llegadas á San Martín. Pero se quedó en Puebla con la caballería "para hacer un movimiento con el ánimo de sorprender un convoy de cerca de 200 carros que caminaban custodiados con muy poca fuerza, á unirse á la primera división del ejército enemigo; llevando el movimiento el doble objeto de desafiar á éste para que, saliendo de Amozoc á un terreno conveniente, se librara una batalla." (192) El convoy estaba la noche del 13 en Nopalúcan, y calculó Santa-Anna encontrarle el 14 más acá de Acajete en terreno á propósito para que obrara la caba-

(192) Desde luego ocurre que si Santa-Anna hubiera podido pensar seriamente en esto, habría acudido á las inmediaciones de Amozoc con todas sus fuerzas, y no simplemente con la caballería.

La fuerza y el convoy que Santa-Anna quería atacar eran los de Quitman, que venían con una jornada de retardo respecto de la división de Worth. La caballería de Santa-Anna, en su movimiento, fué á dar con entrambas fuerzas enemigas, y tuvo que huir de ellas á toda prisa.

lería; pero se había movido aquí desde el principio de la madrugada, y á las ocho y media de la mañana, cuando nuestra fuerza flanqueaba á Amozoc para tomar el camino real, ya estaba el convoy próximo á este pueblo y á cubierto de nuestra caballería en un callejón cubierto de arboleda. El enemigo destacó inmediatamente en su auxilio unos 1,000 infantes con 6 piezas de artillería, canoneando á la columna de Santa-Anna que siguió en marcha una legua más allá de Amozoc, y desde allí contramarchó á Puebla, adonde llegó á las cuatro y media de la tarde con baja de 3 soldados muertos y 1 herido, y de 4 caballos muertos. Santa-Anna agrega en su parte: "Aunque el guía que me conducía, por haber equivocado el camino, nos condujo á tiro de metralla del pueblo de Amozoc, y flanqueamos completamente ese pueblo, dando á entender al enemigo con este atrevido movimiento el desprecio con que lo veíamos, él no se resolvió á alejarse del lugar en que tenía todo su apoyo, una vez que vió asegurado el convoy; y tanto yo como todos mis subordinados, nos regresamos con el sentimiento de que el enemigo no hubiera admitido nuestro reto en campo raso."

En los "Apuntes para la Historia de la Guerra," se dice que nuestra caballería constaba de 2,000 hombres, y se explica así el lance: "En la altura de Chachapa, desde la cual se descubre el pueblo de Amozoc, la caballería se enteró de que había sido mal conducida por el guía, y se encontró de repente á la vista de la gruesa división de vanguardia de los ene-

mos. Veloz y prevenida ésta, sale á formar un semi-círculo, defendida por la fortificación pasajera que le ofrecían unos cercados y las zanjas de las labores, y apoya su línea de batalla con 12 piezas de artillería. En este momento el general Santa-Anna manda desfilarse por la izquierda, disminuyendo el frente de á dos. Toma la altura del pueblo la cabeza de la columna: la retaguardia venía á una legua por lo prolongado de este desfile. El todo de ella (de la columna) formaba una S á tiro de pistola de los soldados enemigos, que ceñían el pueblo como una faja azul, por el color de sus uniformes. Los que se había intentado acuchillar ya estaban incorporados una hora hacia, á sus compañeros, porque emprendieron su marcha desde las siete de la noche anterior y anduvieron diez leguas durante ella: resultó, pues, que nuestras tropas fueran las sorprendidas, cuando comprometidas en un desfile, á tiro de pistola, empezaron á sufrir un vivísimo fuego de cañón que no podían contestar, porque pasaban desfilando con dificultad y de uno en uno por delante de una batería de cañones. En consecuencia, tuvieron que regresar por la falda de la Malinche, internándose en un bosque lleno de barrancos y ramajes que lo hacían inaccesible, devorados de sed y muertos de cansancio. Después de haber andado nueve leguas en el óvalo descrito, llegaron como á las cinco de la tarde á Puebla, fatigados, entristecidos y con algunos compañeros de menos."

El autor del "Tributo á la Verdad" dice que la caballería de Santa-Anna se presentó á las

nteve de la mañana, como á una legua de Amozoc, por el camino de Puebla: que Worth mandó tocar generala y se aprestó al combate, situando la mitad de su infantería con 2 cañones sobre el camino de Puebla, y destacando el resto de sus infantes con otras 2 piezas hacia Acajete, á proteger á una brigada de voluntarios que de este punto debía llegar á Amozoc esa mañana: que formaban el centro norte-americano 5 cañones, la reserva de artilleros y el general Worth y sus ayudantes, á las orillas del pueblo (Amozoc) del lado por donde pasaba la caballería mexicana que, á tiro de cañón, llevaba el rumbo de Acajete, por lo cual se creyó que iba al encuentro de la brigada de voluntarios. “El general Santa-Anna—continúa el mismo escritor—pasó por la falda de los cerros de Oriente con una fuerza como de 2,000 caballos, pues ocupaba más de una legua de terreno, distinguiéndose perfectamente toda su línea y la de los enemigos desde la altura del rancho de San Nicolás, donde nos hallábamos. Cuando la medianía de la caballería pasaba frente al centro de la línea del enemigo, rompió éste el fuego de su artillería, á cuyo segundo tiro perdieron los nuestros la formación, y al tercero se dispersaron á escape en distintas direcciones; lo que visto por el enemigo, puso en juego las demás piezas, descargando sobre los fugitivos, á pesar de estar fuera de alcance, de cuarenta á cincuenta tiros más. Una hora después, como á las diez y media, llegó á las orillas del pueblo la brigada de voluntarios, que al oír de lejos el fuego, aligeró la marcha de tal modo, que

venía á la carrera para socorrer á la brigada de Worth que suponía atacada.... A las doce del día todo estaba en Amozoc tranquilo... con la sola diferencia de haber cogido los enemigos 5 prisioneros mexicanos de caballería, que eran un oficial, tres soldados y un fraile antonino, capellán de un escuadrón de dragones, y algunas pistolas y sables de oficiales que, con 2 soldados muertos, hallaron en el campo.” Se agrega en esta narración que á las tres y media de la tarde marchaban de Amozoc hacia Puebla, 1,000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería de la división del enemigo.

A la llegada de nuestra caballería á Puebla dió el vecindario indicios de decidirse á la defensa. “Toda la población de esta hermosa ciudad—dice Santa-Anna—se conmovió al entrar mi división, dando señales del más vivo entusiasmo. Yo tuve trabajo para caminar, porque millares de ciudadanos me rodeaban victoreando á la independencia y á la República, y pronunciando palabras que explicaban el odio que profesan á nuestros invasores. En estos momentos diversas emociones tuvo mi corazón, porque veía á un pueblo animado que me pedía con empeño armas para defenderse, dando las más patentes señales de amor á la libertad de su patria; y porque reflexionaba en la responsabilidad que han contraído los que, pudiendo, no han sacado todo el partido posible de la buena disposición de ese mismo pueblo. Lo que ha faltado en aquella ciudad, son hombres que lo muevan en provecho de la causa nacional.” En los “Apuntes para la His-